

placer, sed nuestro júbilo, sed nuestro gozo y contento, sed el regocijo de nuestras almas. ¡Ah! suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, estos vuestros ojos misericordiosos volved hácia nosotros. Y presentadnos despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. ¡Oh elementísima, oh piadosísima, oh dulcísima Virgen María!

NUESTRA SEÑORA CON EL TÍTULO DE LA CÔRTE DE MARÍA.

*Beati serui tui, qui stant coram te
semper.*

Dichosos tus criados, los cuales
gozan siempre de tu presencia.

(III REG. X, 8.)

Cortesanos, á quienes la opulencia y el fausto, la gloria y el poder detienen en rededor del rey, ó del magnate; hijos del mundo, que tan deliciosas reputais las horas que se pasan al lado de vuestras gracias y hermosuras; vosotros infelices, que á fin de alcanzar un amparo en las necesidades que os apremian, repetis las obsequiosas visitas á quien puede dispensaros proteccion; ¿por qué tan desalados correis trás sombras que se desvanecen? Venid, aquí está la verdadera magnificencia y la grandeza en su apogeo; una belleza divina, que ni la desgracia ni el tiempo marchitan, y sin lunar de ningún género que la afee; una bondad grande cuanto poderosa; acendrada en sus cualidades, infaliblemente eficaz en los efectos. Aquí está María, ante cuyo trono, rodeado de la triple auréola de majestad, santidad y beneficencia, se prosternan sus amantes y servidores para cortejarla con los rendimientos de la veneracion, las protestas del amor y los fervidos acentos de la súplica.

Sí, señores; cortesanos son de la Reina de los Cielos los que la obsequian hoy con tanta pompa y afecto, como para poner el sello á la cordialidad con que la veneran durante el año: cortesanos son de María, ésto es, entusiastas devotos suyos, que unidos en religiosa asociacion y divididos en coros, á la manera que las celestiales jerarquías, hacen la côrte á la Señora del mundo, como la llama el séráfico Buenaventura; visitando cada día uno de los asociados, en representacion del coro á que pertenece, y en nombre de toda la asociacion, la imágen de su Soberana que le cabe en suerte.

Ocúpense santamente otras piadosas asociaciones en obras de ca-

ridad, confiando en que los misericordiosos alcanzarán misericordia. La asociacion de la Córte de María repetirá sus visitas á la que reverencia como Reina de todos los santos y Madre del amor hermoso, con la esperanza de que, en cambio de las que la hayan hecho, merecerán sus asociados en la hora de su muerte una de la bondadosa Señora.

¡Felices tus gentes, y felices tus criados, que están siempre á tu presencia! decía la reina Sabá á Salomon; y ¡felices, puedo yo exclamar con tanta más razon cuanto enorme es la distancia que media entre la Madre de Dios y el hijo de David; dichosos aquellos que á todas horas te cortejan, asiento de la sabiduría y templo de la Trinidad! Sí, afortunados vosotros, individuos de la Córte de María; venturosos vosotros, y con doble dicha, temporal y eterna. ¿Hay quién lo dude? pues voy á demostrarlo.

La asociacion de la Córte de María es un manantial de felicidad presente, y un garante de la futura en la otra vida para los miembros que la componen; y por natural consecuencia, es un motivo de confianza de que el Cielo mira con ojos benignos la España, donde ella ha nacido, y donde crece y se desarrolla de un modo providencial. Reina de todos los santos y Madre del Amor hermoso, dispensadme vuestra proteccion miéntras os saludamos con el ángel. A. M.

¿En qué consiste la felicidad? ¿Puede el hombre llegar á ser feliz? Hé ahí dos preguntas, cuya respuesta es para algunos todavía problemática. Dejemos abandonados á su réprobo sentido, segun la frase del Apóstol, á aquellos que, víctimas de los sentidos y sin fé en una vida futura, colocan su felicidad en los placeres materiales: bien dijo de tales el real Profeta, que su degradacion llega hasta el punto de hacerse ellos mismos iguales á los jumentos. Cuando el hombre con plena libertad abraza lo que lisonjea su afecto ó inclinacion, se abandona, digámoslo así, al placer que de ello le resulta; y cuando este placer, por motivo de la dignidad con que se ostenta, muy léjos de poner recelosa á la razon, la atrae suavemente; cuando por su intencion absorbe y consume cuanto puede contrariarlo; cuando está exento de toda desagradable idea en su porvenir y en su fin, entónces el hombre que de él goza, es feliz. Ya veis, pues, señores, en qué consiste, á mi ver, la felicidad. En disfrutar de un objeto sin temor de perderlo, en disfrutarlo con tanta extension, mejor diré, y permitaseme la frase, en que él tenga como enajenadas todas las potencias del espíritu, que deje como muerta toda otra sensacion que no sea la del placer que del mismo resulta, y en que, racional en sí, pueda contar siempre

con el asentimiento de una razon á la que no ciegan las pasiones, sinó que guía la luz de la ley eterna.

¿Y puede la asociacion de la Córte de María proporcionar al espíritu del hombre un placer y una satisfaccion tales, que lleguen á hacerle feliz? ¿Yel objeto, que es la causa de este placer y de esta satisfaccion, reúne todas las cualidades para que en su disfrute no se halle más que una dicha ilusoria? Visitar á María, representada en sus imágenes, y visitarla, no como quiera, sinó á la manera que los áulicos visitan á sus soberanos, esto es, para tributarle los homenajes de respeto y adhesion, para gozar de su honrosa compañía, para merecer sus favores y su estima; hé aquí todo el objeto de la asociacion de la Córte Mariana. ¿Y qué hay en él que perturbar pueda la paz de una razon ordenada...? Pero ¿qué hablo de desórden? ¿Es posible, por ventura, hallar cosa más santa que pasar las horas obsequiando á María? Si despues de la humanidad del Hijo de Dios es la Virgen santísima, en cuyo purísimo seno se encarnó, la criatura más santa y perfecta, ¿puede la humana razon descubrir algo que le repugne en la contemplacion de tal conjunto de gracias, y en el placer que de la misma proviene al corazon? No, señores, nó; muy al contrario: la propia razon conoce que se vá perfeccionando al ocuparse de María; ella experimenta como vá inundándose de la perfeccion de que la misma rebosa; ella siente toda la pureza y santidad del deleite que se sigue á tanto goce. Mas tal vez dicha tanta vendrá á ser agriada por el temor, de que cuando ménos se piense sonará para ella la hora de su fin. ¿Qué le importa al hombre gozar de felicidad acá en la tierra, si viene un suceso imprevisto á burlarse de sus dulces ensueños, arrebatándosela en un momento; si ella es tan inconstante, que, apénas ha dejado sentirse, ya desaparece como sutil nubecilla, sin dejar siquiera señales de que ha pasado...! Mas ¡oh fortuna! no es así, nó, la dicha que se disfruta obsequiando á María: en su posesion no hay temor de pérdida; un rayo de esperanza, que alumbrá un porvenir aún más venturoso, le dá nuevo realce. La felicidad crece al considerarse que la que se goza en esta vida, y que se halla más alto que todos los contratiempos y todo poder humano, no es más que el preludio y la sombra de la que se espera en la otra; al pensar que la córte que se hace á María por medio de sus imágenes, y por consiguiente en enigma y como en un espejo, para valerme de expresiones sagradas, no ha de cesar sinó para hacérsela cara á cara y á ella misma en persona.

No hay duda en ello, se me dirá; pero el placer, ó la dicha, si se

quiere, que se experimenta en honrar á María jamás será una felicidad completa para quien tiene un cuerpo orgánico, que no puede gozarse sinó en lo visible y palpable: podrá ser que el alma se halle embriagada con tal placer, pero como es espiritual en su causa, no podrá hacer llegar sus afectos hasta el cuerpo.—Hombre material, quien quiera que seas el que así te expresas: ¿á qué tanto cuidado de un cuerpo, que no es más que la cárcel donde se halla detenida el alma, segun la frase del Apóstol? ¿Qué por ventura no es siempre el espíritu el que siente el placer, sea cual fuere? Que de la sobreabundancia de un deleite redunde al cuerpo alivio de sus dolencias, nadie lo duda; pero la fuente de toda sensación no es la materia insensible, es el alma.—No obstante, la dicha que se supone en cortejar á María no refluye á la parte física del hombre, por su demasiada abstracción é inmaterialidad.—Es verdad que es en sí abstracta é inmaterial, mas no lo es ménos que se puede materializar, y que, de hecho, la materializamos á fin de identificarla más con las exigencias de nuestra naturaleza decaída.—¿Qué se quiere para saciar unos sentidos ávidos de placer? ¿Se pide una belleza deslumbradora, unos encantos que arrebaten, un conjunto de gracias acabado, un perfecto modelo de hermosura, de hechizos, un ángel en cuerpo humano, la beldad personificada?... María lo es todo: y los finos cabellos, y los dulces ojos de paloma, y los melifluos lábios de carmin, y las purpureadas mejillas, y la blancura de la nieve, y aquella celeste tez, y aquella figura divina, son necedades, puesto que nada expresan cuando se habla de la pulcritud de María: en dos comparaciones la descifró el Espíritu Santo: hermosa como la luna; única y elegida como el sol. A tanto cúmulo de preciosidades y perfecciones los sentidos quedan embelesados, y un dulce enajenamiento se apodera del hombre.

Mas, no es solamente la hermosura lo que le cautiva y le entusiasma: á veces, la majestad, la esplendidez, la gloria le afectan más que aquélla. Si es así, oh tú, que preferes el placer de los sentidos á un gozo interno, no te canses en correr trás sombras, que á la hora más impensada te dejarán burlado: en María hallarás verdaderas gloria y grandeza, constantes nobleza y esplendor. ¿Buscas lustre régio, magnificencia augusta? María es la Emperatriz de Cielos y tierra, cuyos súbditos son todas las criaturas que en ellos existen. ¿Buscas poder absoluto? á una señal de María toda la naturaleza obedece; y el mismo averno se inclina en testimonio de sumisión. ¿La fama, el honor, las hazañas, las distinciones y prerogativas es lo que te llama más la atención y te excita mayor admiración y encanto? El

nombre de María resuena del uno al otro polo acompañado de las bendiciones de los pueblos. María, tartamudea el tierno niño, que comienza á desatar su lengua; María, repite balbuciente el nonagenario, que va á cerrar sus párpados para siempre. A María canta afectuoso el fiero hijo de las selvas, y á María venera agradecido el mismo creyente de Mahoma. A la Virgen Madre levanta sus más bellos y suntuosos edificios el culto europeo, y á la Virgen Madre edifica dentro de su pobre cabaña un lindo altarcito el indio errante. El perfume del incienso y la aromática fragancia de las flores sube á María despues de adorado el supremo Hacedor, y María es ante quien doblan su rodilla dos hemisferios. ¿Y qué mucho? si María es la única á quien ha sido dado aplastar la cabeza de todas las herejías, dice la Iglesia; si, segun el Sábio, María es la que entre las bellas jóvenes que han amontonado prendas y riquezas ha sobrepujado á todas; si los privilegios con que exclusivamente la ha honrado el Omnipotente datan desde ántes de su sér natural, y pasan más allá de sus días mortales; si su concepción fué inmaculada, su nacimiento santísimo, su niñez un dechado de perfección, su virginidad la primera y más completa cópia del candor, su parto puro como el rayo solar, su vida angélica, su muerte un dulce sueño en los brazos de su Criador.

¡Oh gran Señora! ¿qué es la grandeza del mundo, qué son su nobleza y dignidad comparadas con las que brillan en torno vuestro? ¿qué son sus blasones y sus honras cotejadas con las que os tejen la corona que ciñe vuestra frente...? Mas todo lo dicho es nada, señores: tantas gracias, tanto esclarecimiento, tanta majestad, no son más que estrellas, que si bien radiantes á nuestros ojos quedan eclipsadas cuando se presenta el gran astro al que deben su resplandor. Si; cuando de María se dice que es Madre de Dios, todos sus demás títulos y excelencias desaparecen á vista de este océano de gloria. ¡Madre de Dios!!! á estas palabras el entendimiento del hombre se embota: el mismo Evangelio calla y guarda un sublime y misterioso silencio. Despues de habernos dicho que Jesús nació de María, ya no nos habla más de Ella, como si quisiese significarnos que de objeto tan sagrado no es dable tratar sinó muy reservadamente. El más subido elogio que la Escritura santa hace de los grandes conquistadores es, afirmar que la tierra enmudeció á su presencia: de María podemos decir, que el mismo Dios calló ante su dignidad. El Espíritu del Señor, que dirigió la mano de los sagrados escritores, quiso que ellos quedasen como asombrados á la vista de la obra maestra de su gracia. De Ella nació Jesús; luego su gloria es, en cierto modo, igual

á la de su divino Hijo. Y si desde toda eternidad el Padre había destinado á su Unigénito para rescatar al mundo, desde toda eternidad también había designado á María para que diese á luz al Verbo encarnado en sus entrañas. María, pues, aún no existía, y ya se hallaba en los secretos divinos como el primer resorte de la grande obra de la redencion: Ella debía dar al hombre cautivo su libertador; Ella debía hacer trizas sus cadenas; por medio de Ella debían cumplirse los oráculos eternos. María no existía aún, y ya era, junto con su Hijo, el móvil de los más extraordinarios sucesos; el principio y el fin de todo. Para anunciarla había Dios enviado los profetas; sólo para representarla eran tantas figuras y símbolos. María no existía aún, y era la causa de que triunfase David, de que reinase Salomon, de que el cetro real se perpetuase en la tribu de Judá, de que profetizase Isaías; y las virtudes de los patriarcas, la sabiduría de los reyes, las conquistas de los héroes, las gracias y sorprendentes rasgos de las Rebecas, Raquels, Abigails, Judiths, Esthers, Déboras, no eran otra cosa que la aurora de la hija de Sion, de la cual debía nacer el Sol de justicia. Efectivamente, de Ella nació Jesús; luego, despues de Él, es María lo que el Cielo posee de más grande, lo que la tierra tiene de más augusto: luego, solamente Ella es la que puede compararse con el Hijo del Eterno humanado. Si Jesús con su muerte ha obrado nuestra salud, María con su mediacion nos la ha procurado; si el Hijo ha dado por los hombres su vida y su sangre, la Madre ha entregado por ellos el precioso fruto de su vientre; si el uno ha destruido los ídolos, la otra ha aplastado la cabeza de la serpiente; si el Verbo se ha hecho carne sin dejar de ser Dios, María ha sido madre sin perder la virginidad. Jesús, triunfador del infierno, está sentado á la derecha del Padre, empuñando el cetro de Rey de Cielos y tierra; María, vencedora del pecado, ocupa el trono más cercano á la Santísima Trinidad, coronada con la diadema de Reina de los ángeles y de los hombres. Al Hijo constituyó el Padre árbitro de su justicia para juzgar al mundo; á la Madre hizo dispensadora de su misericordia para perdonarlo.

¡Para perdonarlo! ¡oh! sí, para perdonarlo; y hé aquí, señores, el último quilate de la felicidad que proporciona la asociacion de la Córte de María. Menester es confesar, que en todos nuestros actos y proyectos siempre es el amor propio el agente principal. Nuestro bien; ved aquí lo que directa ó indirectamente buscamos en todas circunstancias. Nos embelesa la hermosura, nos encantan la ostentacion y el poder; pero si de ellos en lugar de favores solo hemos de

sacar indiferencia, se apaga el entusiasmo, al que tal vez viene á reemplazar el desprecio. ¿Cuál es el hombre que no prefiere un semblante benigno, afable, que respira amor y dulzura, á un rostro ceñudo por bello que sea? ¿una mano bondadosa y pródiga á un brazo impotente y desamparado? Pues María á sus encantos y á sus blasones reúne una compasion ilimitada, una ternura que raya á lo inmenso. Ella es Madre clementísima, Ella es toda piedad y beneficencia: no hay calamidad, no hay miseria, no hay angustia que valga á resistir al poder de su bondad. Lo que puede Dios con su omnipotencia, puede María por medio de la súplica, dice un santo padre de la Iglesia. Una sola cosa no la es dada que es usar de justicia y rigor: Ella solo es todopoderosa en el ejercicio de la misericordia. Tú, que buscas lo tangible y real, aquí, aquí hallarás un verdadero positivismo: no son abstracciones, nó; lo que se te presenta es visible, es palpable, no es ménos que un consuelo en tus aficciones, un alivio en tus infortunios, un amparo en tus contratiempos. ¿Qué quieren más tus sentidos para ser felices? En María la belleza ha derramado con profusion todos sus primores; la gloria y dignidad han puesto su asiento, el amor y la munificencia la fuente de sus beneficios. ¿Podemos desear objeto más cabal para gozar de felicidad en este mundo?

Los obsequios que se tributan á María son también un garante de la dicha eterna. Por demás sería entretenerme en probároslo. Las palabras de Ricardo de S. Lorenzo, á saber, que honrar á María, es atesorar la vida perdurable, han hecho en todos tiempos la esperanza de los fieles; y la devocion á la Virgen, que el niño chupa junto con la leche de su buena madre, es la prueba más clara de que todo el mundo cristiano está con el sentir de los santos padres, de que tiene asegurada su salvacion quien es verdadero y constante devoto de María. Hé aquí, pues, vuestra gran dicha, individuos de la Córte Mariana. Vosotros, en un arranque de afecto á María, no os habeis contentado en ser solamente devotos suyos, habeis querido ser sus cortesanos; os habeis unido para hacerle la córte cada día; os habeis asociado para que ya que en nuestros días se multiplican las sociedades, no solo para intereses materiales, sí que hasta para las diversiones y pasatiempos, y tal vez para pecar, hubiese una que se ocupase en obsequiar á María; una que, entre tantas cuyo objeto son la vanidad, la especulacion y los placeres de la carne, no pensase sinó en cortejar á María, en servir á María, en amar á María. Que no cejeis, hermanos míos, en el fervor con que habeis comenzado; que vuestra conducta corresponda á la nobleza de un cortesano de la Soberana del

mundo; que no sea en vano que la Iglesia haya abierto liberal sus tesoros en favor vuestro; que la santa Sede y el episcopado español hayan derramado á manos llenas las indulgencias y gracias sobre la asociacion de la Córte de María. Continuando en visitar á la Madre del amor hermoso en sus imágenes con un corazon ferviente, entón-ces vuestra felicidad será completa; entón-ces podreis reprochar á los mundanos amadores de la dicha de los sentidos y desdeñosos para la espiritual, el que solamente á vosotros es dado gozar de ambas, y que ellos ni siquiera pueden alcanzar ni alcanzarán aquella para la cual se afanan. Con efecto; puesto que el objeto de su placer es un semillero de remordimientos, al contrario del vuestro, que es un gérmen de perfeccion para el espíritu; material y raquítico, el suyo no puede llenar sus deseos, cuando el vuestro los satisface sobreabundantemente: su pretendida felicidad, endeble é inscontante, desaparece al primersoplo de un contratiempo; y la vuestra es permanente, segura, eterna como el objeto al que debe su origen.

Pero aún no está aquí todo el honor de que podeis gloriaros, cortesanos de María: otra ventura os cabe, y es, que vuestra asociacion entraña una esperanza de bienestar y prosperidad para el porvenir de nuestra pátria. Que otros se jacten de trabajar por su engrandecimiento material, por sus adelantos, por su civilizacion: al fin todo se halla fundado sobre arena, y estriba en humo y vapor. La asociacion de la Córte de María es el más sólido cimiento sobre el que se han de levantar la bienandanza y la gloria de España. ¡Ah! cuando al través de llama destructora se veian desplomarse los templos consagrados á María; cuando sus imágenes eran objeto de burla y escarnio y aún de los más horribles sacrilegios; cuando su nombre dulcísimo era blasfemado del modo más indecoroso; cuando sus fiestas habian cesado, sus sociedades se hallaban disueltas, sus hijos dispersos, el verdadero español exclamaba con el acento del dolor: ¡qué, tal vez mi querida cuanto infeliz pátria ya no es el pueblo de María!! Pero al ver que en España es donde nace la asociacion de su Córte; al ver que en los pocos años que lleva de existencia cuenta tantos miles de individuos; que ya en casi todas las provincias de nuestro reino se hace la córte á la Reina de todos los santos; al ver, pues, que los españoles vuelven á enfervorizarse por la que siempre ha sido su madre y su patrona; que María se ha dignado hacer la gracia á nuestra nacion de que ella llevase el estandarte en la devocion de hacerle la córte, ya que durante nuestro ingrato olvido de su amor otros reinos nos han aventajado en obsequiarla; al contemplar, digo,

esas pruebas de ternura de María para con nosotros, y de recuerdo por nuestra parte de María, el corazon revive y se ensancha; un porvenir risueño se presenta en lontananza á nuestra vista: nó, clamamos en el entusiasmo de una esperanza que no tememos se nos frustré, nó: la España no está perdida; María la cobija aún bajo su manto maternal; nó, no será presa de la impiedad y de la herejía: lucirá el día dichoso en que se reanimen y tomen creces su catolicismo, su devocion á María, su poder y grandeza.

Sí, lucirá ese día, Madre del pueblo español; lucirá; pero en vuestra bondad fundamos nuestra confianza. Que amanezca bien pronto, misericordiosísima Madre, que amanezca cuanto ántes: que cesen de una vez para esta nacion tan trabajada, que cesen los sinsabores y las angustias; que cesen la desmoralizacion y la incredulidad; que esta vuestra asociacion lo renueve todo; que haga de cada español un digno hijo vuestro, y de todos juntos el pueblo de vuestra predileccion. Y á cuantos, magnánima Reina, son cortesanos vuestros, concededles lo que os piden en las visitas con que os obsequian: venid á visitarlos en la hora de su muerte: agraciadlos con vuestra presencia: manifestadles en aquellos momentos de amargura vuestro divino rostro, á fin de que sean salvos. *Ostende nobis faciem tuam, et salvemur. Amen.*